

estamos conscientes; o de los cuales no sabemos que son pecados (Lv. 4:2; Ro. 7:7).

(e) Pecados voluntarios son aquellos que cometemos con deliberada voluntad, en contra de nuestra conciencia; pecados involuntarios son aquellos que el hombre comete cuando se deja llevar por los deseos de la carne para hacer lo que de otra manera no haría (Ro. 7:15).

(f) Pecados veniales son los que hacemos por debilidad; están limitados a los creyentes y no matan la fe, porque no son hechos intencionalmente. En sí mismos son verdaderos pecados y merecen la muerte, pero por la fe los cristianos obtienen el perdón de ellos. Los pecados mortales son aquellos que matan la fe y alejan al Espíritu Santo del corazón ya que ningún hombre puede pecar voluntaria e intencionalmente y al mismo tiempo creer en Jesucristo para el perdón de sus pecados.

(g) Los pecados que nosotros cometemos, y los pecados ajenos, en los cuales participamos (Ef. 5:7; 1 Ti. 5:22). En nuestros corazones nunca debemos aprobar un pecado que otro ha cometido, sino que debemos considerarlo y reprobarlo como pecado (Dt. 27:26).

(h) Pecados ocasionales y habituales. Es peligroso jugar con el pecado; al principio es como una telaraña, pero finalmente se convierte en un cable de acero, que no podemos romper.

Pecados perdonables e imperdonables. «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada (Mt. 12:31-32). El pecado contra el Espíritu Santo es dirigido contra la obra que el Espíritu Santo está haciendo en el corazón de la persona que está cometiendo el pecado. Consiste en que tal persona, por puro despecho y malicia rechaza y blasfema contra aquellas verdades de las cuales el Espíritu Santo lo ha convencido o trata de convencerlo. Si un hombre blasfema contra verdades divinas de las cuales no está convencido en su corazón, no comete este pecado. Si él está convencido, y las rechaza y blasfema contra ellas por temor a los hombres, como hizo Pedro (Mc. 14:66-72), por amor al mundo, por orgullo, egoísmo, fariseísmo, todavía no

ha cometido el pecado imperdonable; porque es posible que todo esto sea superado con el tiempo por la influencia del Espíritu Santo. Cuando todos los otros motivos para resistir la obra del Espíritu ya no están operando y determinando la acción de esa persona, sino que sus acciones son dictadas por la rebeldía, el desprecio y la malicia contra el Espíritu Santo, cuya influencia sienta en su corazón, entonces es simplemente imposible para el Espíritu Santo ganar a esa persona; porque cada intento para llevarlo a Cristo es resistido con más vehemente malicia y blasfemia. En ese caso el hecho mismo de sentir el «toque» del Espíritu Santo en su corazón incita a la persona a resistirlo, blasfemar y endurecer su corazón contra su influencia.

Cuando Cristo echó fuera un demonio (Mt. 12:12), los fariseos estuvieron, sin duda, impresionados y convencidos de que esto era obra de Dios. El Espíritu Santo había obrado eso en sus corazones. Mas ellos no cedieron, y dijeron «Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios» (Mt. 12:24), deseando de esta manera contrarrestar la impresión que este milagro había hecho en ellos mismos y en otros. Llamar una obra manifiesta de Dios obra del diablo, ciertamente es blasfemia. Es en relación a esto que Jesús, quien «conocía sus pensamientos», habla del pecado contra el Espíritu Santo. Él no dice que esos hombres habían realmente cometido este pecado, sino que estaban en peligro de cometerlo. De ahí que Cristo les advierte que no permitan que su odio a él, quizá motivado por el orgullo y el fariseísmo, se convierta en desprecio y malicia y cause que ellos resistan voluntariamente la influencia del Espíritu Santo para acercarlos a Cristo.

Nosotros no deberíamos acusar a nadie de este pecado ya que, en primer lugar, no sabemos si una persona está o no realmente convencida de la verdad contra la que blasfema, ni podemos saber si lo está haciendo por desprecio y malicia; no podemos mirar dentro de su corazón. Aquellos que están mentalmente inquietos porque temen haber cometido este pecado, definitivamente no lo han cometido, pues su mismo temor prueba que no hay desprecio y malicia en sus corazones. Aquellos que

han cometido este pecado no están perturbados en lo más mínimo por ello. «Este último pasaje (Fil 2:13) es muy consolador para todos los cristianos que sienten y experimentan un pequeño destello de la gracia divina y la salvación eterna o las anhelan fervorosamente; pues saben que Dios ha encendido en su corazón este comienzo de la verdadera santidad y que además los fortalecerá y los ayudará en su gran flaqueza para preservarlos en la verdadera fe hasta el fin» (F.C., Decl. Sól., Art. II, *Libro de Concordia*, pág. 563.14).

La razón por la cual este pecado no puede ser perdonado no es porque sea muy grande aunque sí es grande sino porque hace imposible el arrepentimiento, ya que está dirigido contra todo esfuerzo del Espíritu Santo cuando él toca nuestros corazones.

El endurecimiento del corazón difiere del pecado contra el Espíritu Santo en que no es necesariamente el desprecio y la malicia, unido a la blasfemia, lo que lo produce. Si una persona, por cualquier razón, de la índole que sea, continúa endureciendo su corazón contra la influencia del Espíritu Santo, como el Faraón endureció el suyo, Dios puede, en cualquier momento, como un acto de juicio, endurecer el corazón de esa persona (Gn. 12:40), y así dar por terminado su tiempo de gracia, mientras continúa viviendo en este mundo. Mientras para aquellos que mueren impenitentes el tiempo de gracia ordinariamente termina con la muerte, para aquellos cuyo corazón Dios ha endurecido, el tiempo de gracia termina mientras viven (Cf. F.C., Decl. Sól., Art. XI, *Libro de Concordia*, págs. 687.85-688.86).

Pecados contra la conciencia. Una conciencia recta es controlada por las convicciones y el conocimiento adquiridos de la palabra de Dios. Actuar contra tal conciencia es un grave pecado, por cuanto, tal persona, al actuar así, peca contra la palabra de Dios no por ignorancia, sino con entero conocimiento y a pesar del aviso de su conciencia; eso mata la fe (1 Ti. 1:19). Si se persiste en ello, puede finalmente terminar en el endurecimiento del corazón o en el pecado contra el Espíritu Santo. Una persona tiene una conciencia dudosa cuando no está

segura si la cosa que se propone hacer es moralmente buena o mala; tiene dudas respecto a ello. En tal caso no se debe actuar (Ro. 14:23). «Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente» (Ro. 14:5). Una conciencia errada es aquella que está controlada por una convicción que considera prohibido lo que es permitido o que es mandado, o que considera mandado lo que es libre o definitivamente prohibido. Una persona que se siente limitada a aquellas cosas que son libres debe obedecer su conciencia hasta que esté convencida de que las cosas que consideraba malas son permitidas. El remedio para una conciencia culpable es la fe en la gracia perdonadora de Dios (1 Jn. 3:20; He. 9:14).

3. Origen y causa del pecado actual. El corazón perverso es la causa interna del pecado actual. «Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias» (Mt. 15:19). Así, el corazón perverso, la depravación original, es la fuente de todas nuestras transgresiones actuales de la ley (Ro. 7:17).

Hay también causas externas que incitan al hombre a pecar. El diablo puso en el corazón de Judas que traicionase al Señor (Jn. 13:2). Él es quien opera en los impíos (Ef. 2:2) y excita al viejo Adán en los cristianos (Lc. 22:31). El mundo es otro poderoso factor para excitar deseos desordenados en nuestros corazones. Hombres pecadores nos inducen al mal (Pr. 1:10; Gn. 39:7-9); las cosas del mundo: Ideas, costumbres, condiciones y medio ambiente prevalecientes, sugieren e incitan al pecado (1 Jn. 2:15-17; Mt. 18:7). Pero cualesquiera que sean los estímulos y excitaciones externos, en cada caso el hombre es tentado por su propia lujuria y codicia (Stg. 1:14, 15).

4. Tentación. Hay dos clases de tentación: Tentaciones al bien y tentaciones al mal. Dios ciertamente, tiente y prueba a sus hijos (Gn. 22:1-9; Mc. 7:25-30), permitiendo que se desarrollen en sus vidas condiciones y circunstancias donde ellos son puestos a prueba para que decidan por él o contra él, para bien o para mal (Job 1; Dt. 13:1-3). El propósito de Dios al hacer esto es

Causas
externas